

CAPÍTULO I

II. Intervención estatal y empresa pública en el capitalismo central contemporáneo	61
1. Segunda Revolución Industrial, capitalismo desarrollado e internacionalización económica	61
2. Crisis militares, económicas, social-políticas . . .	70

dos, por tener un papel cuantitativa y cualitativamente determinante en la vida económica general, y ser administrables según principios específicos. La existencia de conocimientos económicos precisos provee a la nacionalización informaciones, medios teóricos y científicos de intervención, visiones precisas de políticas de inversión y de costos, que den bases y orientaciones racionales, una orientación de la actividad de las empresas nacionales para la organización, gestión y funcionamiento de empresas nacionalizadas.

En suma,

...ha sido necesario que la Nación se forme y con ella una economía nacional, que en este marco aparezcan actividades nuevas de importancia tal que ellas deban pronto mandar toda la economía, que el capitalismo se desarrolle y meta mano en ellas para hacerlas servir intereses particularistas; que él cree una sociedad en la cual grandes masas de obreros y de consumidores dependan de un número restringido de empresas o productos, en fin que, por reacción contra la desviación de las riquezas en beneficio de una minoría y con la ayuda de conocimientos científicos y sobre la base de ideologías nuevas, la Nación busque un medio de organizar la gestión de los recursos esenciales con miras al interés colectivo que ella tiene precisamente el encargo de satisfacer.

II. INTERVENCIÓN ESTATAL Y EMPRESA PÚBLICA EN EL CAPITALISMO CENTRAL CONTEMPORÁNEO

La intervención del Estado y el crecimiento de su sector de empresas públicas se incrementa y acelera a partir y a través del paso del capitalismo liberal al capitalismo de macroempresas y monopolios, y de las transformaciones concomitantes y entrelazadas (económicas, sociales, políticas, ideológicas, militares, internacionales). Este proceso es subdividible en dos grandes fases históricas: una primera, desde el último cuarto del siglo XIX hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, la segunda desde 1945 al presente.

1. *Segunda Revolución Industrial, capitalismo desarrollado e internacionalización económica*

En la constelación que articula estas transformaciones ocupa un lugar central la *Segunda Revolución Industrial*, más veloz, totalizadora e impactante que la primera, en sí misma y en sus múltiples

repercusiones nacionales, regionales y mundiales, y separada por pocas décadas de la Tercera Revolución.⁵³

El avance científico, tecnológico e industrial impacta a la sociedad, tanto nacional como internacional, en todos sus niveles y aspectos. Las principales invenciones e innovaciones resultan de nuevas fuentes de energía y materiales, de avances en el dominio de la vida y, en especial de la aplicación del conocimiento científico a la industria y a la técnica en general.

Se multiplican las evidencias de una interdependencia en los progresos de las investigaciones científicas fundamentales, las innovaciones técnicas, las condiciones económicas y financieras de explotación de las primeras, la adaptación de trabajadores y empresas a los cambios y nuevas posibilidades y exigencias, las necesidades a satisfacer tal como se expresan en el mercado. El progreso técnico, cada vez más importante, no deja de ser sin embargo, uno de los elementos de los procesos de fabricación y venta y de una mutación global; y un factor y componente crecientemente sometido a la prioridad y primacía de la ciencia y sus avances.

Las interacciones entre la técnica y la ciencia, y de ambas con las principales instancias de las sociedades desarrolladas, aumentan en número y en intensidad, en complejidad y dinamismo. El *continuo* ciencia pura-ciencia aplicada-tecnologías (ciencias de las técnicas)-técnicas, en que los diversos términos se entrelazan, se traslapan, interactúan de modo multívoco, tiende cada vez más a constituirse y a funcionar como sistema, a su vez subsistema dentro de las sociedades globales (y de la economía y la política mundiales).

La ciencia se afirma como principal fuerza intelectual y social. Ella en general, sus principales ramas y problemas, sus desafíos, atraen a números crecientes, verdaderos ejércitos, de científicos y técnicos, con un alto nivel de especialización y profesionalización. Empresas, Estados, jefaturas militares, organizaciones sociales y culturales, fuerzas políticas, toman conciencia de la importancia que

53 Ver Georges Friedmann, *La Crisis del Progreso*, Barcelona, Editorial Laia, 1977; David Landes, *L'Europe Technicienne. Révolution Technique et Libre Essor Industriel en Europe Occidentale de 1750 à Nos Jours*, Paris, Éditions Gallimard, 1975; Bertrand Gille et coll., *Histoire des Techniques, Encyclopédie de la Pléiade*, Paris, Gallimard, 1978; Marcos Kaplan, *Ciencia, Estado y Derecho en las Primeras Revoluciones Industriales*, tomo I de Marcos Kaplan, coordinador, *Revolución Tecnológica, Estado y Derecho*, México, UNAM/PEMEX, 1993.

la investigación científica tiene para la innovación tecnológica, la productividad industrial, la competitividad comercial, la potencia militar, y la conveniencia y necesidad consiguientes de ayudar a su desarrollo. Empresas poderosas en disponibilidad de grandes recursos, universidades, fundaciones y organismos estatales, se dotan de laboratorios en los que logran notables éxitos. De la ciencia se espera, además, la formulación de pautas unificadoras de las ciencias mismas, y una orientación y una estabilidad intelectuales de la cultura y del pensamiento social en el contexto de sociedades sometidas a rápidos y fuertes cambios y conflictos.

Una marea de descubrimientos se da en la Física, la Biología, las Matemáticas, la Astronomía, la Geología. La Física es sacudida en sus fundamentos y en su propio centro por una verdadera revolución que abre ancho campo a la nueva física atómica y nuclear, en las teorías, y en sus futuras aplicaciones militares y pacíficas. En la Química se sintetiza una amplia variedad de sustancias, especialmente sustancias orgánicas complejas con papeles importantes en los procesos de la vida o con aplicaciones tecnológicas. En *Astronomía*, el progreso se intensifica y acelera con la *Astrofotografía*, la aplicación astronómica del *espectroscopio*, el uso de los instrumentos, técnicas y teorías de otros campos, sobre todo la Física; telescopios cada vez más grandes; la Radioastronomía; la preocupación por la evolución estelar y galáctica. La nueva *Biología* prolonga y amplifica la revolución biológica empezada por la Teoría de la Evolución darwiniana, y la Teoría Genética de Gregor Mendel, y se van sentando las bases para una ley de la herencia. Se da también la emergencia de la *Bioquímica*, preocupada por la composición química de los principales insumos y productos materiales del cuerpo, y por el metabolismo a los niveles corporales y celulares.

La aplicación de la ciencia da lugar a un complejo de técnicas que afectan todos los aspectos de la vida colectiva e individual, nacional e internacional, ante todo en las fuentes de energía, los materiales, el manejo del fenómeno viviente, y el control del tiempo. *Fuentes y usos de la energía*, son la electricidad, el petróleo y el motor a explosión.

La *electricidad* triunfa por su capacidad de generación y transmisión a distancia; su renovación de las capacidades industriales, de transporte y comunicaciones (ferrocarril, telégrafo, teléfono, medios de masas como el cinematógrafo y la radiofonía, y luego la televisión); sus implicaciones políticas y militares (control, ataque

y defensa); su incidencia en la transformación de las fuerzas y relaciones tanto en lo nacional como en lo internacional.

La invención del *motor a explosión*, punto de partida del muy rápido desarrollo del automóvil, la navegación y, en general, la *revolución de los transportes* terrestres, marítimos y aéreos, hacen del *petróleo* una preciosa fuente de energía, que impone las transformaciones en el empleo de *combustibles líquidos y gaseosos*, y concluye con el monopolio tecnológico de la máquina de vapor basada en el carbón.

El petróleo permite aumentar la acumulación de capitales y estimular las industrias que se requieren para crear los nuevos recursos armamentistas. En el petróleo se basan casi exclusivamente la innovación tecnológica y la creciente mecanización de las ramas de industria pesada que incrementan la productividad y rebajan los costos de los productos, y dan acceso a los nuevos factores de superioridad militar en tierra, mar y aire (motores de combustión interna, automóvil, tanque, avión, flotas mercantes y de guerra tanto de superficie como submarina).

La tendencia al desempleo tecnológicamente producido puede paliarse hasta cierto punto por la producción de bienes durables de consumo en mercados de masas (automóvil, refrigeración, aire acondicionado, utensilios de servicios domésticos), posibilitada por las nuevas tecnologías basadas en el petróleo y que a su vez aumentan la demanda de éste. La electricidad requerida por la producción para el consumo masivo incrementa el uso de fluido generado en las usinas por máquinas alimentadas por los aceites pesados del petróleo.

La demanda de petróleo es también intensificada por la difusión ininterrumpida de mayores y mejores sistemas de transporte: automóvil, camión, ferrocarriles de maquinaria renovada por la competencia de aquéllos, marinas mercantes. El motor a explosión transforma la economía y la sociología de los transportes. El motor eléctrico permite la mecanización de las unidades de producción demasiado pequeñas para adoptar la máquina de vapor. Ambos permiten escapar a los determinismos geográficos impuestos por el carbón a la Primera Revolución. Con el motor eléctrico, la industria puede localizarse lejos de la mina, dispersarse en regiones rurales, o implantarse cerca de la clientela urbana. Los tranvías eléctricos y los autobuses desarrollan los suburbios, y las grandes concentraciones urbanas en general, antes que el automóvil particular refuerce y acelere tal evolución.

Los casi incalculables efectos sociales del uso del automóvil, y de la aviación luego, se relacionan de muy diferentes maneras con virtualmente todas las actividades económicas y las instituciones sociales y con casi todas las actividades de la vida cotidiana, con influencia sobre una cantidad enorme de personas, y con manifestaciones a la vez nacionales e internacionales.

Las transformaciones de la Segunda Revolución en *materiales*, incluyen ante todo el aumento considerable de la producción metalúrgica y, con la colaboración de una Química en transformación, las mejoras en sus procedimientos; el progreso de la siderurgia; la fabricación industrial de nuevos metales, especialmente el nickel, el aluminio, el cobre, el plomo.

En nuevos materiales debe contabilizarse la contribución de las *industrias químicas*, sobre todo las aparecidas a finales del siglo XIX, especialmente características de la evolución del capitalismo moderno, por su requerimiento de creación de instalaciones costosas y por su provisión de insumos en cantidades y a costos convenientes (ácidos, colorantes de síntesis, sódicos, abonos minerales, explosivos).

Los principales avances en el control del *fenómeno viviente*, se dan en la continuidad, ampliación y profundización de la tecnología agropecuaria; en los retos y avances de la *Medicina*, y sus progresos combinados con los de la higiene y la nutrición. La tasa de crecimiento sin precedentes de la población, precondition significativa para la ampliación de escala que caracteriza a la sociedad de masas, está ligada con una caída en la tasa de mortalidad. Ésta resulta en gran medida del aprovechamiento de la explosión de información en las ciencias básicas (Física, Química, Biología); el surgimiento de nuevas especialidades y ciencias (Bacteriología, Microbiología, Bioquímica, Hematología); los progresos en la Medicina preventiva y en el conocimiento y control de enfermedades (cólera, tífus, viruela); las tecnologías de diagnóstico, tratamiento y prevención.

El avance en el conocimiento y comprensión del cuerpo está interrelacionado con los desarrollos en el estudio científico de la mente humana en todas sus dimensiones. Se acumulan, combinan y compiten: la Psicología con base fisiológica; la experimentación psicológica en laboratorio; el enfoque mecanicista de la conducta y su descripción en términos de actividad física, química y orgánica; el entrelazamiento de lo fisiológico, lo psicológico y lo físico (Ivan Pavlov); los enfoques para la investigación y tratamiento de ciertos tipos de trastorno mental no reductibles a términos fisiológicos (psicoanálisis iniciado de Sigmund Freud).

El nuevo conocimiento químico y fisiológico produce también una revolución en la agricultura: fertilizantes artificiales; preservación y diversificación de alimentos y de opciones nutricionales.

Si la Segunda Revolución representa un notable periodo de florecimiento de las ciencias aplicadas al cuidado del cuerpo y la mente para la prolongación de la vida, la provisión algo más adecuada de elementos para la satisfacción de necesidades materiales básicas, como la alimentación, y el mejoramiento de la calidad de la existencia, lo es también en cuanto a la aplicación de la ciencia y la técnica a las formas más perfeccionadas de violencia y destrucción de masas. Una trascendental revolución en el *arte de la guerra* se ejemplifica por el conflicto de 1914-1918, en que se aplican las armas de todo tipo, los automotores, tanques, aviones, submarinos, gases, y el recurso a los bombardeos contra objetivos del frente y contra las poblaciones civiles de la retaguardia; y en general, el pleno uso de todas las capacidades científicas y técnicas para una guerra que se va volviendo irreversiblemente a la vez industrializada, mecanizada y total. Los avances científicos y tecnológicos encuentran además una creciente aplicación en los experimentos y procesos de manipulación y represión sociopolíticas de masas (propaganda, control, campos de concentración, operaciones genocidas).

La Segunda Revolución es a la vez causa, componente y resultado de un doble proceso: el avance hacia la globalización de la economía y la internacionalización del sistema político; los cambios decisivos en la estructura y la dinámica del capitalismo central y sus principales polos y ejes, y en sus relaciones con espacios y países periféricos y semiperiféricos.⁵⁴

Desde el último cuarto del siglo XIX, la economía capitalista extiende sus bases materiales y geográficas; amplía y refuerza sectores industriales y medios de producción, transporte y comunicaciones, y genera nuevas industrias. Ello opera en y desde los centros y hacia las periferias, con base en su propia dinámica, y al progreso de transportes y comunicaciones. Se constituye un mundo global, casi totalmente conocido y mapeado, de población cada vez más numerosa, con fuertes flujos y estrechos lazos de personas, bienes y servicios, capital, información y comunicaciones, ideas.

54 Ver Fritz Sternberg, *¿Capitalismo o Socialismo?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954; Geoffrey Barraclough, *Introduction to Contemporary History*, Penguin Books, 1967; Eric Hobsbawm, *The Age of Empire, 1875-1914*, New York, Pantheon Books, 1987.

La expansión de la economía capitalista se beneficia de una nueva división mundial del trabajo, del progreso industrial, del talón oro como moneda mundial, del desarrollo de los intercambios comerciales y financieros. Las tendencias a la globalización se interrelacionan y modifican por fuerzas y procesos de división entre espacios y bloques; contradicciones entre internacionalización económica y fragmentación estatal-nacional; división entre un mundo desarrollado y otro subdesarrollado-dependiente; divergencias y conflictos entre polos y bloques del mundo avanzado.

La estructuración y funcionamiento internacionalizantes de la economía en términos de flujos y bloques articulados, identificados con Estados diferenciados en sí mismos y en sus economías y sociedades, generan y multiplican tensiones y conflictos entre lo global y lo nacional. El mundo se sigue dividiendo cada vez más entre dos ámbitos de envergadura planetaria, que se articulan entre sí, se presuponen y constituyen mutuamente, en una red de relaciones de interdependencia asimétrica, y entre los cuales una brecha colosal no deja de ampliarse y profundizarse.

El *primer mundo* se identifica con el cinturón central de países cada vez más desarrollados, industrializados y urbanizados del hemisferio norte templado. Dotados de un Estado soberano, van sometidos en grados variables a procesos de democratización y al imperio del derecho. Los países centrales acumulan crecientes capacidades productivas que, a través de una continua revolución industrial y científico-tecnológica, crece y se extiende como centro de la economía mundial, a la que ellos controlan y dinamizan como productores, exportadores de bienes y servicios y de capitales, y como mercados compradores de bienes y servicios mundiales. El primer mundo condiciona y hasta determina al segundo. Impone a regiones y naciones semiperiféricas y coloniales, en variables situaciones de independencia formal y subordinación real, especializaciones económicas (tecnológicas, productivas, comerciales, financieras).

El *segundo mundo* abarca una amplia gama de países más o menos subdesarrollados y dependientes, agrarios, subordinados o colonizados, con regímenes políticos no estatales, tribales, o imperios tradicionales; al margen de la vigencia del derecho moderno y de la democracia liberal, con bajos grados de desarrollo cultural, educacional, científico y tecnológico, de capacidades de producción, transporte y comunicaciones; con grandes diferencias en riqueza e ingreso y en el grado de participación de las mayorías en una y otro.

Los países del primer mundo no dejan sin embargo de verse arrastrados en competencias, rivalidades y conflictos de intereses y posibilidades, en cuanto a espacios, recursos, mercados, beneficios y posiciones de poder imperial, en definitiva en cuanto al reparto del mundo y al mantenimiento o modificación de la hegemonía internacional.

Las *transformaciones en los centros desarrollados* se identifican con una constelación de fuerzas y procesos que configuran una transición y cuasi fractura entre dos fases fundamentales del capitalismo contemporáneo. La estructura, la organización y el funcionamiento, el *modus operandi* de la empresa capitalista sufre una doble transformación. Por una parte, la concentración y centralización de capitales, el crecimiento en escala, la primacía del monopolio, el retroceso del mercado de libre competencia. Por la otra, la racionalización sistemática de la producción y de la dirección de empresa, mediante los “métodos científicos” aplicados a la tecnología, a la organización, al cálculo y al control (*taylorismo, fordismo*). En fórmula sintética: *monopolios + administración científica del trabajo y la producción*. Las transformaciones de la economía capitalista en los centros desarrollados se entrelazan con otras en la estructura social, la cultura y las ideologías, la política y el Estado, las relaciones internacionales.

Se acentúa la diferenciación de clases, la polarización entre la clase capitalista de propietarios y empresarios y la de los asalariados, una y otra caracterizadas por diferencias en las funciones económicas (dirección y gestión, ejecución), la forma de los ingresos (renta, ganancia, interés, salario), la conciencia de pertenencias y solidaridades y de oposiciones y conflictos.

A la polarización contribuyen la concentración y centralización del capital y el ascenso de la macroempresa y el monopolio, las restricciones a la competencia y el mercado libres, el desplazamiento y la desvalorización relativa de la pequeña y mediana empresa, las fluctuaciones y vicisitudes de los viejos y nuevos estratos medios; en general, las oposiciones y conflictos entre los “grandes” y los “pequeños”.

Se incrementa y acelera la formación de masas trabajadoras y populares, altamente heterogéneas: asalariados de grandes empresas, trabajadores rurales y campesinos no proletarios, plebe preindustrial y más o menos marginal. A ello se agrega una nueva clase media como sector terciario que abarca a trabajadores de cuello blanco y manos blancas, nueva pequeña burguesía de artesanos y pequeños

comerciantes, empleados en oficinas, comercios y servicios, cuadros intermedios e inferiores de la burocracia pública, intelectuales, profesionales. Los sectores medios combinan el crecimiento absoluto y relativo con el *status* fluctuante e incierto.

La tendencia a la polarización se entrelaza e interactúa y es refractada por tendencias contrarrestantes. Los logros reales o esperados del crecimiento, de la modernización y del nuevo contexto industrial-urbano, generan tendencias equilibrantes e integradoras. La sociedad se va articulando más que nunca antes con las expectativas y las realidades del cambio y el logro, con la movilidad relativa del *status* social, del empleo y del ingreso, y con el reconocimiento de la capacitación por la educación general y el entrenamiento especializados, todos criterios para una evaluación material y meritocrática. Imperialismo, colonialismo, militarismo y armamentismo contribuyen a reforzar las tendencias integradoras.

Las sociedades del primer mundo son cada vez más desarrolladas, industriales y urbanas, diversificadas, complejas y articuladas. La integran clases, grupos e instituciones de mayor número e importancia, crecientemente organizadas e institucionalizadas, expuestas a la diversificación y confrontación de patrones culturales e ideológicos y a cambios, conflictos y procesos políticos de creciente significación, con mayores capacidades de movilización, de presión o de interpenetración respecto al Estado, cuyas tendencias al intervencionismo, el control y el arbitraje contribuyen a incrementar. El proceso de *democratización política* es premisa, componente y resultado de esta constelación.

La entrada de las masas en el escenario político, la manifestación de sus necesidades y demandas, sus agitaciones y presiones, van superando las restricciones impuestas por el *Ancien Régime* y la democracia liberal-burguesa de participación restringida (calificaciones por propiedad, impuestos, educación, privilegios institucionalizados). Ello se manifiesta en la extensión de las franquicias; el crecimiento de un electorado con predominio de grupos medios y populares, que se moviliza por y para las elecciones, se organiza en movimientos y partidos de masas, con variedad de instrumentos y mecanismos de acción (comunicación de masas, técnicas y maquinarias burocráticas); adquiere una creciente capacidad de presión sobre los gobiernos y de competencia y disputa por el poder. Sectores y grupos heterogéneos se estructuran en los nuevos prototipos de partido de masas combinado con movimientos de diferentes tipos, altamente organizados y disciplinados, ideologizados, movilizados

de grupos y sectores considerables (clasistas, corporativos, culturales, ideológicos, religiosos, nacionales, étnicos, regionales, deportivos, juveniles, feministas...); todo ello por impulso y bajo control de una dirigencia y un aparato de cuadros que tempranamente exhiben rasgos de burocratización y oligarquización.⁵⁵

La democratización problematiza y amenaza a elites dirigentes y grupos dominantes, en cuanto a la existencia y la estabilidad, la supremacía y la eficacia de los Estados; a la continuidad de las políticas económicas; a la cohesión y la reproducción de los sistemas, a la legitimidad y el consenso respecto al orden social y político. En respuesta, se fortalece el intervencionismo y autonomización del Estado y de la burocracia pública, su papel en las condiciones de organización y funcionamiento de la economía, la sociedad y la política, y en el manejo de los conflictos, en un sentido de recuperación e integración en el sistema.

A la inversa, este intervencionismo estatal obliga a las principales clases, grupos e instituciones y a sus miembros a tomar al Estado como marco estructural y referencial de su existencia, sus necesidades y posibilidades, y a sus decisiones y acciones (políticas, legales, administrativas), como de importancia decisiva.

2. Crisis militares, económicas, social-políticas

Potencias y países desarrollados detentan o aspiran a lograr una posición de supremacía en la economía y la política mundiales, a partir y a través de nuevas formas del milenarismo fenómeno de imperialismo y colonialismo, correspondiente ahora a una nueva fase del desarrollo capitalista, en lo cual los elementos económicos, sociales, ideológicos, políticos y militares ya no son claramente separables, y donde el Estado juega un papel activo y crucial.

La dimensión económica del nuevo imperialismo/colonialismo surge ante todo de la conexión entre el crecimiento de los capitalismos desarrollados y su expansión hacia las semiperiferias y periferias coloniales; de la marcha a la globalización; de la competencia y rivalidad entre los principales países centrales por el control de territorios como reservas de materias primas, alimentos y ener-

55 Ver Eric Hobsbawm, *The Age of Empire...*, cit.; el clásico de Robert Michels, *Los Partidos Políticos*, Buenos Aires, Amorrortu Editores; Moisei Ostrogorski, *La Démocratie et les Partis Politiques - Présentation de Pierre Rosanvallon*, Paris, Éditions du Seuil, 1979.

géticos, mercados, y para la imposición de condiciones de intercambio desigual; del logro de colonias-bases o trampolines para la penetración en las grandes regiones.

Las motivaciones económicas del imperialismo/colonialismo son inseparables de otras convergentes en la posibilidad y refuerzo de la expansión y de la lucha por el reparto y la hegemonización del mundo: sociales, ideológicas, políticas, diplomáticas, estratégicas. La dinámica expansiva generalizada lanza a macroempresas y gobiernos de los principales países del primer mundo a las luchas por la preservación del propio ámbito nacional y la invasión del ajeno, al apoderamiento de territorios y recursos, al logro y protección de un flujo continuo de amortizaciones, intereses y dividendos, a partir de implantaciones y mecanismos colonizantes. Se crean y multiplican tensiones y conflictos; surgen nuevos centros de gravedad en el sistema internacional que comienza además a encontrar límites.

Repartido el mundo a principios del siglo XX con la división de China en esferas de influencia, las grandes naciones que han llegado tarde a la arena mundial ven como única alternativa la redistribución de lo ya repartido y la redefinición de la hegemonía mundial. Las competencias y luchas y las modificaciones en las relaciones de fuerzas entre las potencias desembocan en las conflagraciones de 1914-18 y 1939-45.⁵⁶

Este proceso conlleva la carrera por el equipamiento con armamentos tecnológicamente avanzados; la industrialización de la tecnología militar; el incremento y mejora permanentes de la velocidad y el poder de fuego (en tierra, mar, aire). Los preparativos para la guerra se encarecen. La emergencia de la simbiosis guerra/producción para la guerra transforma la relación gobierno/industria. Convertida la guerra en rama de la gran industria, ésta se convierte en necesidad política, y el Estado se vuelve esencial para varios sectores de aquélla como principal cliente para los armamentos. El Estado debe garantizar la existencia de industrias nacionales de armamentos, costear su desarrollo técnico, garantizar su rentabilidad, protegerlas de las vicisitudes del mercado y la competencia. Los gobiernos van dando una parte creciente de los contratos de las fuerzas armadas a gigantescas empresas armamentistas. Guerra y concentración van de la mano. Las industrias bélicas estimulan la carrera armamentista. Decisiones financieras y gerenciales de órga-

⁵⁶ Ver Paul Kennedy, *The Rise and Fall of the Great Powers. Economic Change and Military Conflict from 1500 to 2000*, New York, Random House, 1987.

nos gubernamentales y firmas privadas se funden. Las motivaciones y las políticas públicas y privadas se entrelazan irremediablemente.⁵⁷

Desde las primeras décadas del siglo XX, los polos y ejes del primer mundo y, a partir y a través de ellos, el segundo mundo, la economía y el sistema político internacionales, son sacudidos y transformados por una sucesión de crisis militares, políticas y económicas que convergen en la continuidad y refuerzo de las tendencias al intervencionismo, autonomización y rectoría del Estado y, en la misma constelación, al *incremento cuantitativo y al refuerzo cualitativo de las empresas del sector público*.

Con las dos guerras mundiales,

los países industrialmente más avanzados se reorganizaron para la guerra de acuerdo a líneas imprevistas e inesperadas, inaugurando así las economías dirigidas que se han vuelto una marca distintiva del mundo contemporáneo... La duración inesperada de la Primera Guerra Mundial obligó a cada uno de los protagonistas a organizar y reorganizar el frente interno para mejorar la eficiencia y ampliar la escala del esfuerzo nacional de guerra. De ello resultaron cambios de largo alcance en los más viejos patrones de gestión... Innumerables estructuras burocráticas que previamente habían actuado de manera más o menos independiente unas de otras en un contexto de relaciones de mercado se fusionaron para hacer la guerra en lo que equivalía a una única empresa nacional. Las corporaciones empresariales fueron quizás la más importante de estas estructuras, pero los sindicatos, los ministerios gubernamentales y los administradores militares y navales también jugaron papeles dirigentes en la definición de los nuevos modos de manejar los asuntos nacionales.

Costumbres e instituciones probadas en el tiempo se volvieron blandas y maleables en las manos de elites tecnocráticas rivales que convirtieron a millones en soldados y a otros millones en trabajadores de guerra. La vida familiar, los derechos de propiedad, el acceso a bienes de consumo, las relaciones de localidad y de clase —todo fue drásticamente alterado—...

Estancado inesperadamente el conflicto por la incapacidad de ambos bloques para imponerse rápida y definitivamente sobre el otro, producida una acumulación de problemas inesperados,

57 *The Pursuit of Power.-Technology, Armed Force, and Society since A. D. 1000*, Chicago, The University of Chicago Press, 1982, capítulo 9.

los beligerantes fueron impelidos a improvisar los medios de sostener a los ejércitos rivales, mes tras mes, alimentando, equipando, aprovisionando, entrenando, curando y sepultando hombres literalmente por millones. Nada como esto se había hecho antes. No es extraño que las viejas costumbres e instituciones se marchitaran, mientras que nuevos métodos y máximas prevalecieron por todas partes.⁵⁸

Primero por la improvisación, luego por designios y soluciones más racionales y sistemáticas, ciertos aspectos del esfuerzo de guerra fueron alterando viejos patrones de la sociedad europea, proceso reforzado por los “paroxismos culminantes de los dos años finales de la guerra”. Se introducen en la industria patrones generalizados de producción en masa, nuevos métodos y técnicas, que luego se proyectan en la producción y el abaratamiento de los artículos manufacturados de consumo masivo. Se amplía la aplicación de la invención comandada, deliberada y planeada al diseño de nuevas armas y máquinas.

El cambio técnico fue acompañado por cambios no menos deliberados en la sociedad humana y la rutinas cotidianas. Millones de hombres fueron integrados en ejércitos e inducidos a someterse a condiciones de vida —y de muerte— radicalmente nuevas. Otros millones entraron a las fábricas, las oficinas gubernamentales, o tomaron otros tipos desacostumbrados de trabajo de guerra. La eficiente asignación de mano de obra se volvió pronto un factor principal en el esfuerzo de guerra de todos los países; y el bienestar de los trabajadores, tanto como de los combatientes, empezó a importar, ya que no podía esperarse que una fuerza de trabajo malnutrida o descontenta pudiera lograr la producción máxima.

Ello se manifestó en cantinas de fábricas, casas cunas, viviendas, clubes deportivos de empresa. “Las medidas de bienestar emanadas de directores de fábrica fueron de la mano con los papeles expansivos de los sindicatos...” Resultó también en “la alianza entre burócratas gubernamentales, sindicales y de empresa para extender su jurisdicción colectiva y su efectivo control sobre las vidas de los hombres y mujeres comunes...”. “La salud fue también sometida a manejo oficial”, con precauciones sistemáticas contra las enfermedades infecciosas y freno a infecciones letales en las condiciones miserables de las trincheras del frente occidental. El racionamiento

58 William H. McNeill, *The Pursuit of Power*, cit.

de alimentos y otros bienes de consumo, los impuestos y la inflación, privaron “a los ingresos monetarios de mucho de su significado en tiempos de paz”. “La propiedad se volvió menos importante; el *status* adscrito, derivado del lugar de cada individuo en la jerarquía de mando —militar o civil—..., tendió a eclipsar el rango heredado, aunque seguramente ambos coincidieron con frecuencia”.

Un cierto socialismo nacional “emergió de las barracas y de las oficinas de compra de los servicios armados europeos y, con la ayuda de una coalición de elites administrativas extraídas de las grandes empresas, los grandes sindicatos, las universidades y el gobierno, transformaron la sociedad europea en un tiempo asombrosamente corto”.

...El exitoso mantenimiento del esfuerzo de guerra requirió planes tanto materiales como financieros de los principales beligerantes junto con una razonable exactitud en los hechos. Los administradores de los principales países combatientes lo lograron durante la Primera Guerra Mundial con un grado de éxito que nadie había soñado antes como posible.

La “propagación global de economías dirigidas en la segunda mitad del siglo XX” podría ser “el principal significado histórico de la Primera Guerra Mundial”.⁵⁹

La Primera Guerra Mundial es el primer cataclismo histórico del siglo XX en el cual las fuerzas materiales, humanas y sociales parecen escapar de todo control, y producir una amplísima gama de consecuencias catastróficas, para vencidos y para vencedores. Se acumulan pérdidas humanas, económicas, gastos de guerra y crisis financieras. El mapa de Europa y el Cercano Oriente se modifican drásticamente. Cuatro imperios desaparecen, surgen nuevas naciones, y querellas de nacionalidades y etnias, luchas exacerbadas por espacios y recursos. Fracasa la organización de una paz duradera.

En perspectiva más amplia, la Primera Guerra Mundial sacude al capitalismo, lo corroe y lo vuelve más vulnerable, debilita el prestigio y el consenso gozados, marca el fin de un periodo de su historia y el comienzo de otro nuevo. Se interrumpe el desarrollo capitalista mundial que hasta 1914 parece ilimitado; riqueza y poder se transfieren en su seno, con la ruina o el debilitamiento de grandes clases y grupos. Se debilita la expansión de Europa, ascienden Estados

59 McNeill, cit., capítulo 9.

Unidos y Japón, emerge la Unión Soviética, se inicia la rebelión colonial. La Primera Guerra Mundial y sus consecuencias directas e indirectas, y la incierta paz, no solucionan de modo perdurable la lucha por la hegemonía mundial; explican en parte la crisis de 1929. Se siembran las semillas del autoritarismo y el totalitarismo de entreguerras, y de la Segunda Guerra Mundial.

La crisis de 1929, es inesperada y sin precedentes comparables, por la duración; la profundidad; los daños; la extensión a todos los países, clases y grupos, instituciones, tanto de los centros como de las periferias; los efectos de causación acumulativa.

Las reacciones ante la crisis y la gran depresión que la prolonga, se entrelazan también con el incremento del papel protagónico del Estado, de su intervencionismo y dirigismo, del derecho como su instrumento. Vastas fuerzas escapan al control humano, y en sí mismas y en sus resultados plantean impactantes paradojas en lo socioeconómico y lo político. El sistema económico parece inmovilizado por su propia capacidad productiva y por la coexistencia de pobreza en medio de la abundancia. Se acelera la revisión de viejos supuestos. Se desploman las convicciones ortodoxas sobre la capacidad autorreguladora del capitalismo y los beneficios de *laissez-faire*. Se va aceptando y requiriendo una mayor responsabilidad del gobierno en la regulación y el crecimiento de la economía. La aceptación de un alto grado de poder e injerencia del Estado se ve reforzada por la mayor popularidad de las alternativas a la democracia liberal, y por el agravamiento de los conflictos entre ideologías políticas.⁶⁰

El periodo entre guerras presencia en efecto la prolongación, refuerzo y diversificación de un contexto histórico-estructural en el cual convergen y se interrelacionan la nueva fase monopólico-imperialista del capitalismo contemporáneo; los reajustes socioeconómicos y políticos en los países avanzados; la necesidad de arbitraje gubernamental en los conflictos entre clases poderosas o masivas y en todo caso organizadas; la internacionalización de fuerzas, procesos y conflictos; las crisis económicas y militares; los enfrentamientos político-ideológicos.

Los debates y confrontaciones sobre los nuevos papeles, funciones y políticas del Estado y sobre su avance hacia el dirigismo están

60 Michael D. Biddis, *The Age of the Masses. Ideas and Society in Europe since 1870*, volumen VI, *The Pelican History of European Thought*, Penguin Books, 1977.

especialmente relacionados con los conflictos en torno al proceso de democratización política. Ello se refleja y expresa en el enfrentamiento entre fuerzas favorables y hostiles a la adopción y efectividad de las instituciones parlamentarias, las restricciones al Poder Ejecutivo, la aceptación del principio de igualdad ante la ley y las exigencias de su vigencia real. La institucionalización y aplicación de las conquistas democráticas son restringidas por discriminaciones varias (propiedad, educación, sexo, nacionalidad, etnia, religión...). El avance hacia la democracia y la política de masas no equivale al triunfo inequívoco del liberalismo político. Su capacidad para responder adecuadamente a necesidades rápidamente cambiantes y conflictos difícilmente manejables o solucionables con políticas moderadas, se ve limitada y amenazada por los rasgos de un medio ambiente nacional e internacional en transformación, las crisis de todo tipo, las pasiones y presiones de la política de masas, las impugnaciones y agresiones simultáneas de la derecha y la izquierda.

La extensión de la franquicia electoral y de las oportunidades educacionales, conllevan a la vez un potencial de intensificación de la participación y la responsabilidad populares en la sociedad y en la política, pero también, en determinados contextos, la disponibilidad por las elites de distinto signo de un instrumento de manipulación de masas en una escala sin precedentes. Se intensifica y acelera la evolución de un estilo político más demagógico, adaptado a electorados más amplios y a condiciones de urbanización densa y de mejora de la alfabetización y los medios de comunicación. El desarrollo de este estilo va acompañado por la emergencia, sobre bases masivas, de partidos firmemente organizados e institucionalizados y altamente disciplinados. Su presencia, su estructura y sus funciones, estimulan y condicionan a ideólogos de todo tipo, y sobre todo se vuelven focos y ejes para dar un sentido de lealtad y pertenencia en el flujo de una sociedad de masas. En la misma dirección actúa una gama de asociaciones voluntarias organizadas para fines económicos, sociales, culturales (sindicatos, mutuales, ligas femeninas, organizaciones deportivas, movimientos juveniles...), con o sin afiliaciones y proyecciones políticas explícitas, en todo caso con grados considerables de capacidad de presión y de poder.

Las tendencias negativas y destructivas de esta época, incluso la instrumentación de los avances científicos y tecnológicos, se expresan o refuerzan por el surgimiento y la influencia de tres grandes Estados europeos sujetos a dictadura totalitaria, como Italia, Alemania y la Unión Soviética. Estos Estados-partido presuponen y pro-

mueven la sugestibilidad y aquiescencia de las masas, instrumentada por la movilización y explotación de todos los medios de comunicación (prensa escrita, radio, cine, y más tarde televisión) en apoyo de una ortodoxia ideológica; por la politización de una esfera creciente de deporte y ocio de masas; por la completa subordinación e incluso colonización ideológico-política de la educación y de la ciencia; por la aspiración a imposibilitar todo pensamiento crítico y toda actitud y conducta independientes.⁶¹

Desde antes de 1914, pero sobre a partir y a través de las grandes crisis y conflictos de tipo socioeconómico, político y militar, todo lo examinado precedentemente va contribuyendo a plantear variados desafíos al Estado, pero también a reclamar y justificar que se le otorgue y que asuma crecientes poderes para enfrentar nuevas complejidades sociales y políticas.

Con las traumáticas experiencias de la guerra total y la depresión del capitalismo, se debilita la adhesión liberal a los mecanismos primordialmente autorregulatorios para el mejor funcionamiento de la economía y la armonización de los intereses. Los electorados masivos parecen volverse más aquiescentes respecto al autoritarismo. Se demanda un mucho mayor énfasis en la iniciativa económica pública. Los requerimientos de la recuperación material, y pronto también del rearme, hacen coincidir en favor de un mayor papel del Estado a diferentes corrientes ideológicas y políticas.⁶²

Ante la amplitud y profundidad sin precedentes de la crisis, el Estado aparece como el único actor capaz de proveer, con una intervención generalizada, los correctivos y soluciones eficaces para situaciones que ningún otro actor social domina. Por el contrario, los empresarios exigen del Estado una acción global de reequilibrio económico y de recuperación del crecimiento, mientras que por su parte asalariados y desempleados exigen de los poderes públicos una política social contra las peores miserias de la crisis.

61 Ver Hannah Arendt, *Le Système Totalitaire*, Paris, Éditions du Seuil, 1972; Claude Polin, *Le Totalitarisme*, Paris, Presses Universitaires de France, 1982; Hélène Carrère d'Encausse, *Le Pouvoir Confisqué - Gouvernants et Gouvernés en U.R.S.S.*, Paris, Flammarion, 1980; Robert Conquest, *The Great Terror-A Reassessment*, New York, Oxford University Press, 1990; Mikhail Heller, Aleksandr M. Nekrich, *Utopia in Power - The History of the Soviet Union from 1917 to the Present*, New York, Summit Books, 1988.

62 Biddis, cit., p. 203.

La política económica alternativa que se reclama desde todos los ángulos de los sistemas nacionales es proporcionada por John Maynard Keynes, su revisión de la teoría económica en un sentido de modernización y racionalización del pensamiento y la tradición liberales.

“Algunos gobiernos llegaron independientemente a ciertos remedios pronto elaborados por Keynes... Pero sólo con Keynes mismo llegó el tipo de revisión omnicompreensiva que permitió a cada remedio específico ser evaluado como parte de un programa sistemático de recuperación”. Su obra *The General Theory of Employment, Interest, and Money* (1936) tiene inmediata y prolongada repercusión en una amplia audiencia. Para superar la crisis y las principales fallas del capitalismo, y crear alternativas al bolchevismo y al fascismo, despilfarradores de eficiencia y de libertad, se requiere una mayor intervención de los gobiernos, con una definición cuidadosa de las reglas de un involucramiento benéfico. Ello incluye el control de las tasas de interés como regulador gubernamental de la inversión de capitales; la capacidad para ajustar el volumen de imposición y de gasto estatal; el déficit presupuestario; la aceleración de obras públicas y programas de inversión para tiempos de estancamiento.

La creencia en la capacidad de estos instrumentos para ampliar, y no meramente redistribuir, la actividad económica, deriva de un diagnóstico sobre la mayor falla en la obsesión prevaleciente sobre los mecanismos de autoajuste. La preferencia por la liquidez, la propensión, más fuerte en medio de condiciones difíciles, al atesoramiento de dinero más que a su inversión, pueden lanzar una economía a una espiral de depresión del ingreso. La teoría tradicional no acomoda este tipo de desequilibrio acumulativo, vuelto real por la Gran Depresión.

Para Keynes, su revaluación de la teoría económica del liberalismo clásico deja campo a la iniciativa y la responsabilidad privadas, a las ventajas tradicionales de individualismo. Por una parte, Keynes desconfía del socialismo, negando que el suplemento por el gobierno del esfuerzo privado en puntos vulnerables de la economía es carta a favor de la propiedad pública. Por la otra, favorece la planificación para lograr una mayor eficiencia productiva, pero también una estimulante redistribución de la riqueza y del ingreso de los ricos, en mejor posición para ahorrar, a los pobres con mayor propensión a gastar.

En la entreguerra, sobre todo desde 1936, los Estados de las potencias y países desarrollados empiezan a realizar esfuerzos y a

tomar medidas para salir del caos primero y recuperar el crecimiento luego. Las políticas económicas de los principales países occidentales se inspiran en esquemas explicativos como el de Keynes para extender su campo de acción. El liberalismo económico evidencia su quiebra y es abandonado en todo lo que implica espontaneísmo y automatismo del mercado y la empresa privada. Una constelación de males sociales de todo tipo que ha engendrado el liberalismo económico demuestra la no convergencia automática del juego espontáneo del mercado y de los intereses de las empresas privadas con el interés general. La Primera Guerra Mundial ha exigido a los gobiernos beligerantes el estrecho control de la economía para ajustarla a las necesidades bélicas bajo la autoridad y mediante el planeamiento de los estados mayores. La Revolución Rusa y el régimen soviético han dado lugar a la primera experiencia de planificación colectivista. La crisis de 1929 promueve en paralelo el mayor intervencionismo y su justificación doctrinaria (Keynes).

El Estado ha dejado de ser simplemente el poder protector de un cierto tipo de organización económica; su intervención reguladora se ha extendido a todos los dominios: el presupuesto y la fiscalidad, dejando de ser neutros, son en adelante concebidos y utilizados como medios de transferencia y de reparto del ingreso nacional con miras a un mejor empleo de los recursos y de los hombres. La política económica se ha vuelto una función reconocida y eminente del Estado: al liberalismo ha sucedido un dirigismo más o menos acentuado según los países.⁶³

Relativamente inmune a la crisis y dotado de instrumentos y mecanismos para liquidarla, el Estado refuerza su papel y multiplica sus intervenciones en la economía, en el mercado y el sector privado, y en la sociedad y, más allá del mero intervencionismo, adelanta en el desarrollo del *dirigismo*.

Crisis de 1929 y Gran Depresión tienen respuestas nacionales variadas,

pero en Rusia, Alemania y los Estados Unidos, el regreso a los patrones de manejo político que habían sido por primera vez explorados durante la Primera Guerra Mundial se volvió inequívoco hacia mediados de la década de 1930. Japón también comenzó a construir

63 Jacques Billy, *La Politique Économique*, Paris, Presses Universitaires de France, 1961, p. 13.

una economía de guerra propia en el Lejano Oriente desde 1932. Entonces, al final de la década de los treinta la Segunda Guerra Mundial estalló y fue lo suficientemente larga como para hacer que las economías manejadas se volvieran normales en todos los países más industrializados del mundo.

Con la perspectiva histórica de más de medio siglo, “el parentesco entre una movilización de tiempos de guerra y los programas gubernamentales en respuesta a la crisis económica de los años 1930 parece evidente”.

En tanto los principales países industriales del mundo, uno tras otro, expandieron la fabricación de armamentos, el ritmo de mejora en el diseño de armas, que se había vuelto drásticamente más lento a fines de la Primera Guerra Mundial, se aceleró súbitamente, especialmente en aviones y tanques. Los aspectos técnicos incontrolados e incontrolables de la carrera armamentista,... pasaron ahora al frente en todo el espectro de armamentos...

En mayor o menor grado, los principales países beligerantes montaron su esfuerzo de guerra sobre las bases de una organización transnacional, de manera más plena y efectiva que nunca antes.

Gracias a la creciente complejidad de la producción de armas, una sola nación se había vuelto demasiado pequeña para conducir una guerra eficiente. Ésta fue quizás la principal innovación de la Segunda Guerra Mundial. Las implicaciones para la soberanía nacional en tiempos de paz fueron obvias y contradictorias con el anhelo apasionado de autogobierno local que inspiró a los asiáticos y africanos a rechazar el *status* colonial en la primera década de posguerra.

Los resultados de la aplicación sistemática del conocimiento científico al diseño de armas rivalizó en importancia en ese momento con la organización transnacional...

Aumenta la colaboración de científicos en cuestiones críticas de diseño de armas. Con la Segunda Guerra Mundial

el ritmo acelerado del mejoramiento de armas que se estableció desde fines de los años 1930, y la variedad proliferante de las nuevas posibilidades que la invención deliberada engendraba, significaron que todos los beligerantes percibieran cuando la lucha empezó que alguna nueva arma secreta podría cambiar decisivamente el equilibrio. En consecuencia, científicos, tecnólogos, ingenieros de diseño

y expertos en eficiencia fueron convocados a la tarea de mejorar las armas existentes e inventar otras nuevas en una escala mayor sin precedentes.

Las experiencias en el campo de batalla fueron realimentando rápidamente a los comités de expertos encargados con la corrección de errores en las máquinas existentes y con el diseño de otras nuevas de desempeño mejorado. Como resultado, generaciones de nuevos tanques, aviones y piezas de artillería salieron en cascada desde las líneas de montaje, cada uno notablemente superior a sus predecesores y requiriendo la contra-inención de nuevos equipos defensivos y tácticas...

El concepto de un sistema de armas completo en el cual cada elemento se ajustaba convenientemente con todo el resto emergió de las experiencias de diseño de la Segunda Guerra Mundial... En estos y muchos otros modos, el patrón de un flujo regular a través de todos los factores de la producción que permitió a las modernas corporaciones prosperar, fue aplicado al montaje de los factores de destrucción con un éxito previsible en la reducción de costos y el aumento del producto. En suma, la guerra se volvió bien y realmente industrializada mientras que la industria se volvió no menos bien y realmente militarizada.

Las decisiones sobre cómo explotar estas nuevas tecnologías, así como opciones menos extrañas entre nuevos diseños de armamentos, jugaron un papel muy importante en la redeterminación del curso y el resultado de las operaciones militares... En innumerables casos, la irracionalidad de la racionalidad científica y gerencial aplicada a la guerra se demostró repetidamente en modos más dramáticos que antes. Pues con el descubrimiento de los explosivos atómicos, la capacidad humana para la destrucción alcanzó un nuevo y suicida nivel, superando límites previos a un grado inimaginable.

“Bienestar y guerra se entrelazaron más estrechamente que en la Primera Guerra Mundial”, con los avances en el conocimiento de los requerimientos de la dieta humana, racionamiento científico de alimentos, mejoras de la salud, la medicina militar, nuevos medicamentos (sulfanilamida y penicilina), insecticidas (DDT), consiguiente reducción de los riesgos de infección.

A la inversa, los campos de concentración y exterminio

constituyeron una macabra contrapartida al tipo de bienestar por dictado administrativo que mantuvo a las fuerzas de trabajo de las naciones combatientes en condiciones más o menos óptimas de trabajo. Los extremos de inhumanidad, burocratizados y vueltos eficientes por los mismos métodos usados para manejar otros aspectos del es-

fuerzo de guerra, ilustran... la ambivalencia moral implícita en cada aumento en la capacidad humana para manejar y controlar nuestro medio ambiente natural y social. Los campos de prisioneros de guerra... y los desplazamientos masivos de grupos étnicos bajo sospecha,... también exhibieron el lado demoníaco de la virtuosidad administrativa que floreció lujuriosamente durante las dos guerras del siglo XX.⁶⁴

La preparación de una economía de guerra y luego su realización da lugar así a un dirigismo total, a la movilización general, a la gama de saltos tecnológicos, a la conversión del armamentismo y la guerra en situaciones normales. La capacidad incrementada se aplica primero a la destrucción, pero luego a la reconstrucción. Las catástrofes, sacrificios y sufrimientos que se imponen a las masas de combatientes y de civiles suscita exigencias colectivas de cambios profundos, de cumplimiento de las consignas y promesas de guerra, asumidas y vehiculadas por un militante democrático, sindicalista, socializante. Desde las postrimerías de la segunda guerra y en la primera fase de la posguerra, ello cristaliza en programas reformistas y revolucionarios primero, y luego en la ola de nacionalizaciones y estatizaciones, y en la instauración de sistemas más amplios de seguridad social (*cf. infra*).

3. Estado, dirigismo, sector público

El Estado de los países que se van convirtiendo en desarrollados y potencias coproduce, posibilita y garantiza la existencia y el buen funcionamiento de la empresa, del mercado, de la competencia y de la economía capitalista. Lo hace, mediante sus políticas y prácticas en general, y especialmente mediante un derecho que debe tener ciertas características fundamentales (claridad, publicidad, inalterabilidad, ausencia de arbitrariedad, sencillez de ordenamiento). La política y el derecho del Estado deben reconocer y garantizar la propiedad y la seguridad como derechos subjetivos de los ciudadanos frente al propio Estado, el logro de un territorio para la actuación del mercado y la protección de sus reglas.⁶⁵

⁶⁴ McNeill, cit., capítulo 9, *passim*.

⁶⁵ Francisco Tomás y Valiente, *Manual de Historia del Derecho Español*, Madrid, Editorial Tecnos, 1979.